MODERNIZACION Y ARQUITECTURA EN COLOMBIA

Por Alberto Saldarriaga Roa

Después de 1930 fueron cada vez más frecuentes las referencias a la arquitectura moderna europea y estadinense en las obras realizadas por profesionales colombianos. Se entiende que lo moderno o la modernidad en la arquitectura ya estaba constituída por principios y modelos establecidos desde los comienzos del siglo por los motivadores de la transformación conceptual y práctica de la profesión. Para 1930 los movimientos modernos habían nacido y habían dado ya los primeros resultados. Ya se habían establecido los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna -CIAM-, los que habrían de ser los más eficaces mecanismos de internacionalización de lo más genérico y convencional de la modernidad en el urbanismo y en la arquitectura.

La modernización cultural del país fué un proceso que tomó varios años en desarrollarse y que puede considerarse todavía inconcluso. Dado el letargo endémico y el escape intelectual establecido en los refugios del academismo, el entusiasmo hacia la modernización no podía pasar en ese momento de intentos minoritarios hechos por personas interesadas en sacudir del letargo al menos algunos sectores de la actividad nacional. Como trabajo minoritario, sólo contó con un respaldo entusiasta en el período del primer gobierno de Alfonso López Pumarejo, entre 1934 y 1938. Este gobierno adoptó la bandera de la modernización como política oficial del Estado y la implantó a pesar de la oposición de los sectores más reticentes al cambio.

Los modelos internacionales de modernización que se expandían por el mundo hacia 1930 tenían un origen y un espíritu anglo-sajón, propios de los lugares principales de la transformación industrial y social: Inglaterra, Alemania, Francia, Suiza y los Estados Unidos. La aplicación de esos modelos implicaban e implican todavía un ritmo de acción sistemático, organizado y una proyección de objetivos bastante precisa en cuanto se refiere a producción, distribución, consumo, organización y prestación de servicios, manejo de infraestructura, control social y expresión cultural. La distancia existente entre el contenido de esos modelos y la realidad de los países del Tercer Mundo, aún en estado incipiente, era abismal. El espíritu de la modernización exigía entonces una noción especial de manejo de las circunstancias, la que estaba completamente ausente de la mentalidad lánguida y desordenada de los dirigentes tradicionales del país.

Los modelos modernos traían consigo toda una interpretación de la historia del mundo occidental, toda la carga de dominación implícita en esa interpretación y un desprendimiento considerable de los vínculos históricos y culturales, considerados como obsoletos y como obstáculos para el progreso ilimitado que se tenía al alcance de la mano. La concepción de progreso asociada a la modernización excluía consideraciones referentes al pasado de las ciudades y pueblos y situaba la imagen de las nuevas ciudades y de la nueva arquitectura como las metas obligadas para una sociedad progresista. El sentido de las vanguardias europeas y estadinenses que a comienzos del siglo habían coincidido en la revolución de las expresiones culturales había sido precisamente el de cambiar la óptica de la percepción del mundo y el de expresar sus nuevas imágenes en representaciones que no contaban con antecedentes en la historia de la humanidad.

La llegada de la modernización al país se manifestó fundamentalmente en dos campos de actividad. De un lado se produjo la industrialización progresiva que dió bases económicas suficientes para estimular otras actividades: transporte, comunicación, comercio y administración. De otro lado se insertaron esquemas culturales modernos en campos de expresión todavía carentes de infraestructura adecuada para desarrollarlos.

La modernización en la producción debía generar obligatoriamente ramificaciones y derivaciones sociales diferentes. La modernización cultural fué dándose en islotes separados con iniciativas parciales que subsistieron hasta tanto la infraestructura general del país permitió vincularlos en movimientos más definidos y consistentes.

Los primeros cambios tendientes a la modernización de la arquitectura colombiana se presentaron entre 1930 y 1940. Previos a ellos ya se habían producido cambios técnicos: construcciones en estructura de concreto y hierro, instalaciones sanitarias, hidráulicas y eléctricas adecuadas, producción de materiales y accesorios, etc. El primer edificio construído en concreto reforzado fué el Hotel Magdalena en Puerto Berrío, realizado hacia 1908 con planos del antioqueño Neftalí Sierra. En las distintas ciudades del país siguieron ese ejemplo algunos edificios de los cuales todavía sobreviven el edificio Otero en Cali (Borrero y Ospina, 1925), y el edificio Manuel Peraza, también conocido como Hotel Estación en Bogotá (Francisco Cano, 1928), amén de los edificios más altos previamente mencionados.

Los cambios introducidos en la arquitectura colombiana hacia 1930 fueron más allá de los aspectos técnicos y pretendieron abarcar ya la totalidad del lenguaje urbanístico y arquitectónico. De la primera generación de edificios modernos construídos en Colombia se pueden citar los siguientes: la Fábrica Nacional de Chocolates de Medellín (Nel Rodríguez, 1928), la Fábrica de Hilados Monserrate (A. Manrique Martín, 1932) y el Instituto Nacional de Radium (Alberto Wills Ferro, 1933) en Bogotá. Estos edificios se construyeron alrededor de la fecha en que la arquitectura moderna alcanzó su consagración en la exposición organizada por el Museo de Arte Moderno de Nueva York, en 1932. A pesar de no ser ejemplos completamente modernos, su lenguaje es bastante preciso y su cercanía cronológica a esa exposición los hace ver como ejemplos pioneros en la arquitectura colombiana.

Uno de los efectos más directos del gobierno del presidente López Pumarejo en la arquitectura colombiana fue el desarrollo del plan de estructuración académica y física de la Universidad Nacional de Colombia. La planeación de la Ciudad Universitaria en Bogotá y el diseño de sus primeros edificios estuvo a cargo de profesionales que trabajaban en la Sección de Inmuebles Nacionales del Ministerio de Obras Públicas. A esa entidad se habían vinculado arquitectos extranjeros llegados al país específicamente para el trabajo de la Ciudad Universitaria, el que habría de cobrar importancia cada vez mayor, y también para colaborar en los ambiciosos planes de construcción de instalaciones educativas, administrativas y de salud en el resto del país.

En los primeros edificios construídos en la Ciudad Universitaria en Bogotá se aprecian claramente las tendencias iniciales de la modernización en la arquitectura colombiana. Una de ellas fue la continuación mesurada del eclecticismo anterior con el uso de gestos

vernaculares tal y como se aprecia en los edificios de Geociencias y Veterinaria (Erich Lange y Ernest Blumenthal, 1937-38). Otra fue la de manejar un lenguaje definidamente moderno y se encuentra admirablemente ejemplificada en los edificios proyectados por Leopoldo Rother: El Estadio y la antigua Rectoría (1937), las viviendas para profesores y la portería de la calle 45 (1939) y el edificio para la Facultad de Ingeniería (1940) en el que también intervino el arquitecto italiano Bruno Violi. Estos edificios fueron decididamente modernos, aún cuando en ellos se encuentren detalles de adaptación técnica indispensables dadas las limitaciones del momento en la ciudad.

Con este carácter decididamente moderno otros arquitectos realizaron diferentes obras entre 1930 y 1940. Fueron intentos aislados y de pequeña escala comparados no sólo con la Ciudad Universitaria sino con otras realizaciones del período. Pasarían varios años antes de efectuarse realizaciones más ambiciosas dentro del nuevo espíritu arquitectónico. Aún así se sostiene la posición de vanguardia de la arquitectura colombiana frente a otros campos culturales.

El desarrollo de la arquitectura moderna en Colombia puede ser analizado desde dos puntos de vista provenientes de su vinculación necesaria e indispensable a los movimientos internacionales. El primero de ellos es el de la comparación de las realizaciones colombianas con los modelos internacionales en busca de las semejanzas y afinidades. El segundo es el de la comparación en busca de excepciones o diferencias. La primera lectura es convencional y fue casi obligatoria durante muchos años. La segunda lectura es menos ortodoxa y cuenta actualmente con bastante respaldo, dadas las circunstancias de disidencia y transformación que predominan en el mundo intelectual de la arquitectura actual.

La universalidad de los principios y de los modelos de la arquitectura moderna condujo necesariamente a la reproducción de ejemplos semejantes en diferentes lugares del mundo. Las condiciones de cada lugar podían, según una lógica probabilística simple, proveer elementos suficientes para la implantación de los modelos. Dentro de esa misma lógica podían también tener factores modificantes que habrían de alterar los modelos y ocasionar giros locales o regionales e incluso disidencias. El clasicismo precedente había seguido un proceso análogo de reproducción y adaptación, lo cual indica apenas que las corrientes de carácter universal están sujetas a transformaciones particulares yque, de esas transformaciones, pueden surgir alteraciones significativas. Durante el período hegemónico de la modernidad, esas alteraciones no fueron tomadas en cuenta e incluso se evitaron, por temor a caer en el error.

De acuerdo con lo anterior es fácil reconocer cómo en los cincuenta años transcurridos desde la llegada de las ideas modernas a la arquitectura del país se formó una línea "ortodoxa", cuyo resultado fueron obras que siguen de manera bastante fiel los principios y modelos de la arquitectura internacional. Esta línea o tendencia fue predominante durante una buena parte del proceso, las transformaciones y disidencias sólo cobraron importancia en tiempos recientes. En la línea ortodoxa se partió de la asimilación de las ideas básicas de la modernidad universal y se han adoptado sistemáticamente dos campos de expresión: la constante transformación de los sistemas constructivos y estructurales y la ejecución de edificios y conjuntos ceñidos lo más estrictamente posible a los modelos funcionales más generalizados en la arquitectura internacional. La arquitectura de masas

corresponde parcialmente con esta tendencia, especialmente en el empleo de los sistemas de prefabricación y en el planeamiento de los grandes conjuntos y sectores urbanos.

Los modelos básicos que más se han reproducido en la arquitectura moderna colombiana son los mismos que se han difundido por el resto del mundo: el edificio en altura, la unidad vecinal, el conjunto multifuncional, el edificio industrial aislado, el plan masivo de vivienda, el centro comercial suburbano, el centro de actividades administrativas o gubernamentales y en general el edificio como representante de la dignidad profesional. Estos modelos a su vez contienen los principios básicos: el ordenamiento espacial mediante la abstracción de las funciones y su distribución segregada tanto en la ciudad como en el edificio, el trabajo de geometrías esqueléticas en plantas y volúmenes, la reducción de problemas a esquemas funcionales, mecánicos y técnicos, la abstracción del cliente o usuario y su reducción a hechos generalizables y la búsqueda de repeticiones y sistematizaciones como principio de proyección, de producción y de existencia.

El edificio en altura fué quizá el primer modelo moderno que ingresó al país antes de la arquitectura moderna. El primer conjunto funcional fué evidentemente la Ciudad Universitaria ya descrita. De entonces en adelante hubo una gran cantidad de primeros ejemplos construídos con base en los modelos internacionales generalizados. El edificio para la Caja Colombiana de Ahorros en Bogotá (Cuéllar Serrano Gómez, 1948) y el Banco de Bogotá (Skidmore Owings and Merrill, Lanzetta y Valencia, 1956) fueron en su momento los ejemplos más significativos de la arquitectura de edificios para oficinas dentro de la línea internacional. El edificio Avianca (Esguerra Sáenz y Samper, 1970) fue el primer rascacielos construído en el país. El centro comercial Unicentro en Bogotá (Pizano Pradilla y Caro, 1974) fue el primer ejemplo de este modelo, con sus consecuencias urbanas irreparables, etc.

Los factores que mediaron por unas transformaciones de los principios y modelos básicos en obras con distinta concepción de implantación en el medio fueron variados y de diferente naturaleza. Unos de ellos fueron simple consecuencia de la carencia de infraestructura tecnológica adecuada para facilitar la reproducción exacta de los modelos adoptados. Otros fueron ya cuestión de criterio, de la intuición de que fuera de esos modelos existían posibilidades interesantes y apropiadas al medio. Esta tendencia, incipiente desde los años cincuenta, dió origen a la búsqueda de tipos de vivienda y urbanización, de fomas arquitectónicas y de empleo de materiales que condujeron al logro de algunos de los mejores ejemplos del trabajo profesional colombiano en los últimos treinta años. La búsqueda de lenguajes arquitectónicos particulares que se desarrolló con bastante fuerza hacia 1960 abrió posibilidades a las excepciones que gradualmente han cobrado fuerza suficiente como para ser ahora exhibidas con orgullo y para intentar hablar de identidad cultural sin temores de conciencia.

Sobre la escala en la arquitectura hay mucho que decir y mucho que discutir. La escala define en gran parte la identidad de la arquitectura, dado que no es un asunto meramente cuantitativo sino que incorpora valores culturales especiales. En la arquitectura moderna colombiana es posible analizar la influencia de la escala en el acierto y en la calidad del trabajo profesional y observar el efecto de las tendencias masificadoras sobre el entorno habitado y sobre el trabajo profesional, con miras a dilucidar las ventajas o desven

tajas del manejo de escalas adecuadas de trabajo.

La escala intermedia fue un parámetro que se estableció como pauta en el trabajo profesional de la arquitectura colombiana desde su período formativo. Las razones para esto pueden encontrarse en la misma historia arquitectónica del país en las que no se desarrollaron obras de gran envergadura o proyectos de alcance considerable. En el territorio colombiano no se produjeron obras de carácter monumental o colosal que puedan ser comparadas con las que se encuentran en otros territorios americanos. Las ciudades de la cultura Tayrona en la Costa Atlántica son extensas pero no son monumentales. Fortificaciones como el Castillo de San Felipe de Barajas en Cartagena son de amplias proporciones pero conservan una escala tal que son fácilmente aprehensibles para el habitante. El Capitolio Nacional, obra máxima del período republicano, es moderada en su tamaño y proporciones. Esta continuidad de manejo de la escala intermedia se proyectó en los comienzos del modernismo y, por la misma escasez de medios, se prolongó hasta períodos más avanzados del desarrollo de la arquitectura profesional.

La intervención de los arquitectos fue durante muchos años guiada por una noción precisa de mesura y de buen aprovechamiento de los escasos recursos disponibles. Quizá eso se deba en parte a que el período formativo de la arquitectura moderna coincidió con un decrecimiento en la afluencia de nuevos estratos adinerados, los que habían tenido su auge hacia 1940. El sentido colectivo de economía y de sobriedad permitió que en la década de los años 50 se desarrollaran algunos de los mejores aportes en el campo de la vivienda y en general en el campo de la edificación.

Para ilustrar estas afirmaciones se cuenta con buena cantidad de ejemplos, en especial en la arquitectura bogotana. Exceptuando recurrir a las viviendas de élite, que son habitualmente escogidas para mostrar las altas calidades de la arquitectura nacional y que poseen un carácter individualizado y exclusivo, se encuentran los ejemplos de los barrios de vivienda media desarrollados entre 1950 y 1960 por el Banco Central Hipotecario con proyectos elaborados por numerosos arquitectos de gran renombre. Urbanizaciones como Los Alcázares, previas a este período, dieron pautas para lograr en la década mencionada barrios enteros de vivienda media con excelentes tipos de vivienda. Veraguas, Quinta Mutis y Polo Club en Bogotá, constituyeron campos de trabajo interesantes, en los que se definieron algunos de los tipos que habrían posteriormente de difundirse y de deformarse en los planes comerciales de vivienda. Fuera de Bogotá las entidades públicas desarrollaron barrios con iguales condiciones de calidad y de escala.

En obras distintas a las construcciones para vivienda es también posible encontrar el manejo acertado de la escala urbana y arquitectónica durante esos años. En ello influyó tal vez la reglamentación urbana que en ese momento tomaba en consideración ciertos valores urbanos y no había permitido que los intereses económicos predominasen sobre las opciones que en la planeación física se consideraban más importantes para la comunidad urbana. La ruptura de la escala con edificios altos fue inicialmente un problema puntual que posteriormente afectó las normas urbanas y liberó los intereses inmobiliarios en detrimento de la calidad de la arquitectura y del espacio urbano.

La escala de manejo de la arquitectura colombiana establecida en los años cincuen-

ta no implicó unidad de criterios en el lenguaje formal. Tanto en los proyectos de vivinda como en otros edificios es posible apreciar la diferenciación en las intervenciones de los distintos profesionales o firmas participantes. En esto se evidencia la tendencia hacia la divergencia que para entonces ya se había establecido como indicación de talento individual y de rechazo a la comunidad de expresiones. La diferenciación en ese momento no presentaba grandes distancias dado que los profesionales estaban circunscritos conceptualmente dentro de un marco relativamente reducido de influencias, dominado por la figura de Le Corbusier. Las normas urbanas del momento continuaron una tendencia corriente de lotificación y de reglamentación para edificaciones adosadas, contínuas. La diferenciación de cada intervención individual, en cada lote de terreno, con descuido de la vinculación con los vecinos contribuyó a generar desorden visual y falta de coordinación espacial.

La diferenciación de los edificios como signo de interés arquitectónico puesta en práctica en Colombia, lo mismo que en todo el mundo, derivó de los ideales modernos que exaltaron el edificio aislado como el paradigma de la realización arquitectónica. Estos ideales sólo podían llevarse a efecto en un espacio suburbano muy distinto del espacio urbano históricamente tejido con base en una densa trama de edificaciones contínuas. Esto es particularmente evidente en la tradición latinoamericana la que tomó los principios ordenadores de la cuadrícula de calles fuertemente delimitadas por los paramentos de las edificaciones. La posibilidad de realizar edificaciones aisladas sólo se obtuvo en los nuevos desarrollos urbanos propuestos por las normas modernas y en las áreas en las que la demolición de lo existente podía proveer predios lo suficientemente amplios para tal efecto. La incongruencia entre los ideales y la realidad de la ciudad se hizo evidente en la incongruencia visual de la diferenciación dentro de la continuidad obligatoria.

La pérdida de la escala en la arquitectura colombiana se inició necesariamente con el aumento de tamaño de los proyectos de vivienda para ingresos medios y bajos. El primer proyecto de este tipo realizado en el país había sido el barrio Muzú en Bogotá, obra del Instituto de Crédito Territorial en 1948. En el proyecto original se pueden apreciar con claridad las ideas modernas de ciudad-jardín con amplias zonas verdes en las que literalmente nadaban bloques de viviendas mínimas. La excesiva generosidad en las áreas libres contrasta con la precariedad de predios y viviendas, pero en ese momento la tierra era mucho más barata que la construcción y esas incongruencias podían ser factibles.

Entre 1950 y 1960 las entidades encargadas de construír viviendas de bajo costo no trabajaron proyectos de gran envergadura y sin embargo fueron en su momento las encargadas de masificar la arquitectura. El primer proyecto de gran escala construído en Colombia fué el barrio Ciudad Kennedy (originalmente Ciudad Techo) en Bogotá, financiado con ayudas internacionales e influído ya por las normas que entonces se habían definido como las únicas posibles para resolver problemas de vivienda en países del Tercer Mundo: lotes mínimos, autoconstrucción, desarrollo progresivo, etc. El proyecto se inició en 1962 y desde entonces el aumento de la escala de intervención en la vivienda de bajo costo quedó establecido como pauta de planeación y de construcción.

El impulso definitivo a la pérdida de escala en la arquitectura colombiana fué dado

posteriormente por la concentración de capital financiero en monopolios mixtos de entidades de capitalización, urbanización y construcción. El desalojo del arquitecto individual y el incremento de las grandes firmas provistas de la infraestructura necesaria para masificar su producción y para cubrir proyectos sectoriales relegó el manejo de la escala media para proyectos de carácter exclusivo dando así un valor comercial a lo que antes fue simplemente un valor profesional. Este es actualmente el costo de la no masificación.

La pérdida de escala se ha manifestado también en la aparición de obras de carácter suntuoso u ostentoso. La avalancha reciente de la magnificación de la escala se debe indudablemente a la formación de nuevos grupos adinerados que, en su avance desarrollado, requieren anunciar su presencia de manera similar a otros grupos que ya han aparecido en el panorama nacional. El Estado adopta también esa actitud cuando sus representantes desean dejar huellas imperecederas en el territorio que han usado como campo de ejercicio de su poder. En Colombia estas oleadas han sido pocas y de corta duración. El período de la dictadura militar entre 1953 y 1957 no alcanzó a dejar muestras suntuarias y su máximo proyecto, el centro administrativo, diseñado por Skidmore Owings and Merrill, quedó apenas trazado.

En los últimos diez años la conjunción de intereses entre el Estado y los nuevos sectores adinerados ha ocasionado las consecuencias previsibles en el campo de lo ostentoso: centros comerciales como Unicentro en Bogotá y en Cali, viviendas privadas de más de dos mil metros cuadrados con pabellones para guardaespaldas, fincas de recreo, etc.

El Centro de Convenciones de Cartagena es quizá la obra por excelencia de esta tendencia. Quizá esencialmente excesivo, este edificio ignora por completo su lugar y se encierra en sus espacios atiborrados de tecnología y decoración, como un gran monumento a la necedad.

Queda entonces por discutir si el fenómeno de la escala intermedia de trabajo profesional que tan buenos resultados permitió, es ya una cosa del pasado o si es un valor recuperable que puede contribuír a orientar las decisiones que se toman a diario en la planeación de las ciudades y en los proyectos de todo tipo que han de ejecutarse. Esto es un asunto que requiere evidenciarse y discutirse para hacer consciente al gremio mismo de las limitaciones que le ha impuesto la pérdida de la escala de intervención y las consecuencias que ello ha traído a las ciudades.

* * *